

Maria, la fantasía de Dios

La señal del optimismo de Dios

El principio y el final de la vida terrena de Maria, a pesar de no tener constancia en los evangelios, corresponden al cumplimiento del proyecto que Dios tiene sobre la humanidad.

Creados a imagen y semejanza de Dios (Gen 2.26), y llamados a convertirse en sus hijos (Jn 1.12), los hombres realizan esta semejanza en la vida terrena mediante la práctica de un amor que es semejante a aquel del Padre (Lc6.35), y continúan junto al Señor su existencia pasando los límites de la muerte (Jn 11.25-26).

La Iglesia, presentando a Maria como modelo perfecto del camino de la fraternidad y de semejanza, celebra la entrada en la existencia terrena con la Inmaculada y en la esfera de Dios con la Asunta. Estas verdades, aunque no haya referencia en el Nuevo Testamento pertenecen al patrimonio de fe del pueblo cristiano, que nacieron más del instinto de la gente que por especulaciones teológicas.

Por "Inmaculada" la Iglesia entiende que el conjunto de culpas que impide la plena comunicación de vida entre Dios y la humanidad no pesa sobre Maria. Esta condición no es estática, dada una vez para siempre, sino dinámica: la criatura ha sido enviada para colaborar activamente al don del Creador, sintonizando su amor al mismo nivel del amor de Dios, "que nos ha elegido primero de la creación del mundo para que seamos santos e inmaculados por medio de la caridad" (Ef 1.4).

Maria viene presentada por los Evangelistas como símbolo tangible de aquello que Dios puede hacer con cada criatura que no ponga obstáculos a la potencia de su amor y se deje colmar por su Espíritu. La Inmaculada es la señal del optimismo de Dios sobre la humanidad, señal de cuanto estima al hombre, de cómo necesita a cada persona para llevar a cabo el cumplimiento de su creación y de ser padre para todos los hombres (2 Cor 6.18).

Dos anunciaciones

El abismo que separaba a los hombres de Dios se ha culminado con la Inmaculada: la criatura puede ser íntimamente unida a su Creador. Esta unión tan plena, posible para todos los hombre (Ef 1.4) es fruto de un proceso de crecimiento en la fe que lo ha vivido también Maria. El camino de fe de Maria podemos resumirlo en dos grandes ciclos: las anunciaciones. Cada una de las anunciaciones es una llamada de parte de Dios a la plenitud de la vida, y durante la existencia de Maria hay dos grandes llamadas : la

primera, el Dios de Israel que se vuelve hacia la muchacha de Nazaret, y la segunda Jesús, el "Dios con nosotros" (Mt 1.23) llamando a su madre. La primera anunciación culminará con el nacimiento del Hombre-Dios, la segunda con la discípula perfecta.

En la primera anunciación, Dios, que no fue escuchado por el sacerdote del templo (Lc 1.20) se vuelve "a aquel que el mundo desprecia " (1 Cor 1.28), a una mujer casada en la hambrienta Nazaret (Jn 1.46), y le pide de ser la madre de su Hijo (Lc 1.26-38).

Totalmente confiada en su Dios, Maria acepta: la propuesta que el mensajero divino le hizo y la formula de profunda exigencia de vida que había dentro de ella y que ahora puede liberarse y hacer crecer.

La segunda llamada se realizó en un ambiente totalmente dramático: todo el clan familiar ha decidido capturar a Jesús considerado demente (Mc 3.21-35). El Galileo presentándose como un enviado del señor (Lc 4.18-21), que se comportó como un enemigo de Dios transgrediendo los preceptos y los mandamientos más sagrados (Mc 3,5.22; 7,15-23), y mientras que las autoridades religiosas lo tachan como un blasfemo hereje y endemoniado Mt 9,3), para la gente tan sólo es un loco al que lanzar piedras (Jn 8,59).

La solicitud de los familiares de Jesús "Tu madre y tus hermanos te buscan" se ve interrumpida por la fría respuesta de Cristo: "¿Quién es mi madre?..."

Para Jesús sus íntimos son sólo aquellos que le siguen y que cómo él viven la voluntad del Padre traduciéndolo en un amor incondicional dirigido a todos, prescindiendo de categorías religiosas, morales y sexuales (Lc 10.29-37).

Maria debe elegir: o sigue con el clan familiar, que considera a Jesús como un loco, y salva así su reputación, o sigue al hijo, conocido por ser "un comilón y bebedor amigo de gente pública y de pecadores" (Mt 11,19).

En Nazaret la Virgen se confió en la invitación enviada por su Señor y de su conformidad nació el Mesías de Dios. En esta segunda anunciación, más sufrida y madurada, Maria respondió otra vez, con un sí a la invitación de la plenitud de vida que le dio el Hombre-Dios y que la conducirá a un nuevo nacimiento: el suyo.

Ahora será la madre que renacerá del hijo: un nuevo nacimiento que vendrá " de lo más alto" (Jn 3,3), de aquel que, alzado en la Cruz, transformará a la madre en la fiel discípula (Jn 19,25-27).

La coronación de la primera anunciación fue la beatitud con la que se inician los evangelios: "Dichosa aquella que ha creído que se cumpliría la palabra del Señor" (Lc 1.45); la segunda anunciación encontrará su formulación en la beatitud con la que los evangelios terminan: "Dichosos aquellos que aun no habiendo visto creen" (Jn 20,29).

El nacimiento de la Mujer

Mientras que la anunciación de Nazaret culminaba en Belén, donde el esplendor de luz de la gloria del Señor envuelve el nacimiento del Hijo, y los pastores y los reyes lo adoran (Lc 2,1-21; Mt 2, 1-12), la otra desembocará en las tinieblas de Jerusalén (Mc 15,33), donde las blasfemias y las burlas acompañan la muerte de Cristo y en el nacimiento de la Mujer (Mc 15,29-32; Jn 19,27).

En la cruz, el evangelista no nos presenta a una madre destrozada por el dolor, que está junto a la cruz a pesar de que su hijo sea un criminal, es una discípula con coraje que ha elegido el seguir a su maestro aún arriesgando su propia vida, mientras que los apóstoles, que habían jurado que estaban dispuestos a morir por él (Mc 14,29-31), han huido como villanos (Mt 26,56).

En el Gólgota, más que una madre que sufre por su hijo, Juan nos muestra de hecho una discípula que sufre con su Maestro, la Mujer que divide la pena del "Hombre de los dolores"(Is 53,3; Rm 8,17) Maria cogió su cruz y se puso a lado del ajusticiado contra quién lo ha crucificado , demostrándose para siempre a favor de los oprimidos y de los despreciados.

No ha sido fácil para María.

Por acercarse al crucifijo se puso en contra de la propia familia y debió romper con la religión, que en la persona del representante más alto, el Sumo sacerdote, había excomulgado a Jesús (Mt 26,65;3,22) .En fin, eligiendo al condenado, ha osado no obstante, enfrentarse al poder civil que justificaba a aquel galileo como un peligroso revolucionario (Mt 27,38). Maria en el patíbulo se une activamente a Aquel que " quita a los poderosos de los tronos" (Lc 1,52): está de parte de las víctimas de estos poderosos y toma su cruz, es decir, acepta, como Jesús, el ser considerada como una basura de la sociedad, antes que rechazar la presencia y el amor de Dios en el mundo (Mc 8,34).

La fantasía de Dios

El ciclo que se abre con la anunciación de Nazaret se cierra con la imagen de la santa familia unida en un amor que crece y con Maria que " sirve todas estas cosas en su corazón".(Lc 2,51-52). La otra anunciación culmina con la nueva familia de Maria, la comunidad de Jerusalén, donde revive, junto con todos los creyentes, la experiencia iniciada en Nazaret: el Dios al que nadie escucha en el Santuario continua difundiendo su vida, el Espíritu, a los marginados del templo, a la comunidad de herejes Galileos (At 1,14;2,1ss)

Resumiendo, Maria " Asunción" en el cielo es la firma de Dios en el proyecto "hombre", un hombre que se deja envolver en la acción del Espíritu Santo. Tal glorificación es el destino de lo que Cristo ha hecho hermanos porque, como escribe Pablo, los que siguen al Señor "se sientan en el cielo, en Cristo Jesús" (Ef 2,6), son como el vencedores de la muerte y continúan viviendo para siempre (Jn 11,25).

Para Maria la asunción es la conclusión normal de una existencia extraordinaria: desde Nazaret se ha encaminado siempre hacia una forma de vida, ha confiado en la fantasía de aquel Dios que transforma todas las cosas en bien (Rm 8,28), y hace que aquello que parecen piedras, se conviertan en panes(Mt 7,9); un Dios que elige a aquel que en el mundo es un desgraciado para convertirle en centro de su amor (1 Cor 1,27-30) y hace que una chica anónima de un pueblo perdido venga "proclamada bienaventurada de todas las generaciones" (Lc 1,48).

Fray Alberto Maggi, O.S.M. - Director Centro Estudios Bíblicos
"G.Vannuci", Montefano (Italia)